

se transfigura en el Thabor del Arte o de la Naturaleza intuída como obra de Arte, y mostrándose más puramente reflejo y huella del Infinito, brilla como luz (ως τὸ φῶς), dulcemente cegadora para todas las contingencias, envueltas en nube luminosa, y donde el espíritu desearía plantar sus tiendas, prorrumpiendo en el « bonum est nos hic esse », nube que al suspender la visión de los objetos, dejando sola la visión de aquella luz que es el remedo más puro de la Luz Incrscada, al suspender las relaciones aun con lo meramente accidental del objeto intuído, y con el proceso de actividad del alma substituyéndolo por un estado pasivo y de quietud, hace que se desvanezcan transitoriamente las relaciones de espacio, tiempo y causalidad, y con ello, y en virtud también directamente de la misma suspensión de la actividad del espíritu, y, por tanto, de la conciencia de la actividad del espíritu, y, por tanto, del yo individual, el olvido del propio yo: « olvidéme »; y en ese olvido del yo, en esa pérdida pasajera de la memoria, eje de la individualidad psíquica, pierde el yo su rigidez y su tiesura, y se doblega, pero no para morir, sino para estar cabe el reflejo de Quien es vida: « el rostro recliné sobre el Amado »; « cesó todo », es decir, cesó todo lo que puede cesar, lo temporal, lo transitorio como tal, ya no perceptible como tal una vez suspendidas las relaciones de tiempo y causalidad, y la conciencia de la actividad del yo, en el dulce desprendimiento y dejación de sí, en que la fragancia de lo intuído, en lo cual está embebido y sumergido el yo, adormece y aletarga el cuidado de sí, en flores sepultado, flores de planta perenne, como vestigio de las dulcedumbres de lo eter-

